



CAPÍTULO XIV

Culto y devoción á Señor san José.

I

EL amor y la veneración que los católicos rendimos á los santos por la admirable excelencia de sus méritos, es realmente un tributo de justicia, que nos hacen confesar que los que obrán bien merecen el premio; que la superioridad tan dignamente adquirida, pide atención y respeto, en una palabra, el culto con que deben ser honrados; y que será tanto más excelente, cuanto más lo fuere el mérito de las personas.

Aun fuera del orden religioso, las naciones honran á sus héroes, á los hombres que se han distinguido ya por su noble y elevada inteligencia, ó bien por los servicios prestados á su patria; y nada más justo que el reconocimiento del mérito, y el pago de la honra que les corresponde.

La Iglesia honra á sus santos y les rinde el culto que les es debido; porque han admirado al

mundo con sus grandes virtudes; han edificado al pueblo cristiano con la santidad de sus ejemplos; y con la eficacia de sus ruegos han hecho y hacen descender sobre la Iglesia las misericordias del Señor.

Mas no es uno mismo el culto que se rinde á los santos; tiene que proporcionarse á los dones que de Dios han recibido, á la excelencia de sus méritos y á la perfección con que cada uno ha practicado las virtudes: Una es la claridad del sol, otra la de la luna y otra la claridad de las estrellas. Y aún hay diferencia en la claridad entre estrella y estrella (1).

A Dios nuestro Señor, al Ser de los seres, al que crió el cielo y la tierra, que da vida y que sostiene á todas las criaturas, corresponde el culto soberano, el más elevado de todos los cultos; y es diferente de los demás.

Después del Eterno á quien alaba toda lengua y ante quien se dobla toda rodilla, se nos presenta la primera y más excelente entre todas las criaturas, bellísima y perfecta; y que, exceptuando solamente á Dios, es superior á los querubines y serafines, y á todo el ejército de los ángeles; á esta hermosísima Niña, esplendor de toda pureza y Madre de su mismo Dios, le corresponde un culto muy superior al que damos á los otros santos, por lo cual se llama de hiperdulía.

A los otros santos corresponde el culto de dulía. Entre esos santos aparece el primero Señor

(1) 1 Cor., XV, 41.

san José, que ha excedido á los demás en la excelencia de los divinos dones con que el Señor se dignó distinguirle, y que á ningún otro fueron concedidos.

Acabamos de decirlo, y en efecto es así: los dones con que fué enriquecido el castísimo Patriarca, fueron enteramente personales é incommunicables, y le elevaron en gran manera sobre los otros santos.

San Juan en su Apocalipsi nos refiere lo siguiente: Vi en la mano derecha del que estaba sentado en el solio, un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos.

Al mismo tiempo vi á un ángel fuerte y poderoso pregonar á grandes voces: ¿Quién es el digno de abrir el libro y de levantar sus sellos?

Y ninguno podía, ni en el cielo ni en la tierra, ni debajo de la tierra, abrir el libro ni aun mirarlo. Y yo me deshacía en lágrimas porque nadie se halló que fuese digno de abrir el libro ni registrarlo.

Entonces uno de los ancianos me dijo: No llores, mira cómo ya el león de la tribu de Judá, la estirpe de David, ha ganado la victoria para abrir el libro y levantar sus siete sellos. Y vi que en medio del solio y de los cuatro animales, y en medio de los ancianos, estaba un cordero como inmolado. El cual vino, recibió el libro de la mano derecha de aquel que estaba sentado en el solio. Y cuando hubo abierto el libro, los cuatro animales y los veinticuatro ancianos se postraron ante el Cordero, teniendo todos cítaras é incensarios de

oro llenos de perfumes, que son las oraciones de los santos: Y cantaban un cántico nuevo, diciendo: Digno eres, Señor, de recibir el libro y de abrir sus sellos; porque Tú has sido entregado á la muerte, y con tu sangre nos has rescatado para Dios de todas las tribus, y lenguas, y pueblos y naciones (1). Refiriéndonos á nuestro asunto, preguntemos á los santos: ¿Quién es digno entre vosotros, no ya de abrir el libro de los siete sellos, sino de ser el esposo de la futura Madre del Eterno? ¿Quién es digno de ser el padre putativo del Hijo de Dios? Un profundo silencio nos llenaría de tristeza: la humildad sellaría los labios de todos los santos, y ninguno creeríase digno de tan elevados ministerios, de cargos tan sublimes; y nosotros, llenos de dolor, diríamos estas palabras á semejanza de las de san Juan: Lloraba yo mucho, porque nadie se halló que fuese digno de ser el esposo de María y el Padre putativo de Jesús; y entonces, no ya uno de los ancianos del Apocalipsi, sino el Hijo de Dios, designando á José, podría decirnos: No lloréis: he aquí á mi escogido; yo le he designado por mi padre putativo y por esposo de mi santa Madre. Al oír estas palabras, nos postraríamos también á los pies de José, no ya para adorarle con aquella sublime y singular adoración que pertenece al Hijo de Dios, como lo hicieron los cuatro animales misteriosos y los veinticuatro ancianos, mas si con aquella que corresponde á quien Dios hizo digno esposo

(1) V, 1-9.

de María y á quien honró como padre putativo. Esos altísimos cargos, esa dignidad tan grande y sublime, exigían sin duda la posesión de las más excelsas virtudes y una perfección verdaderamente admirable, y todo esto lo tuvo el gran José. Allí están para probarlo su docilidad á las inspiraciones del Señor, y la pronta obediencia á sus mandatos, la humildad de su corazón, el cuidado y la solicitud con que guardaba los preciosísimos tesoros que Dios había puesto en sus manos, su confianza en Dios nuestro Señor y su fidelidad nunca desmentida. Por último, allí está su amor purísimo y ardiente, y siempre en aumento, á Jesús y á María.

¿Qué nos piden la dignidad de José y sus grandes virtudes, y sus esclarecidos méritos con que supo cautivar el corazón de su Dios? Nos piden honor, veneración, y un culto verdaderamente singular después del que debemos á María.

Al pensar en la grandeza y en las virtudes de José, recordamos estas palabras de los Libros santos: Brilla como el lucero de la mañana entre tinieblas, y como resplandece la luna en tiempo de su plenitud; como sol refulgente, así brillaba él. Como el iris, que resplandece en las transparentes nubes, y como la flor de la rosa en tiempo de primavera, y como las azucenas junto á la corriente de las aguas, y como el árbol del incienso, que despide fragancia en tiempo de estío, como luciente llama, y como incienso encendido en el fuego, como un vaso de oro macizo, guarnecido de toda suerte de piedras preciosas, como el olivo

que retoña y como el ciprés que descuella por su altura (1).

Entre las grandes virtudes de nuestro Santo querido, ¿cuál es la más brillante y hermosa, la que más nos admira? Si consideramos la exactitud con que las practicaba, difícil es la respuesta; porque en todas ellas altísima fué su perfección. Ni la tibieza ni el descuido amortiguaron nunca sus bellos resplandores. Andaba siempre delante del Señor y era perfecto en todas sus obras.

Consideradas en sí mismas las virtudes de José, no hay duda que á las demás se adelantaba su caridad para con Dios nuestro Señor. Era el corazón de nuestro Santo, como el altar en que ardía, según el precepto del Señor, un fuego inextinguible, que continuamente era alimentado por las inspiraciones y los auxilios de la divina gracia.

¡Oh, cuánto amó á Dios nuestro querido José! Acerquémonos á él para contemplar mejor esa maravilla encantadora: su corazón ardiendo en las sagradas llamas del amor de Dios.

Vió Moisés una llama de fuego que salía de enmedio de una zarza, que ésta estaba ardiendo y no se consumía, y dijo: Iré á ver esta gran maravilla, cómo es que no se consume la zarza (2). —¿Cómo es, decimos nosotros, que el corazón de José pueda vivir entre las más ardientes llamas de su amor á Dios? Dios es vida, y El es quien la conserva en el corazón del santísimo Patriarca;

(1) Eccli., 6-11.

(2) Exod., III, 2, 3.

Dios es vida, y su santa caridad en vez de consumir el corazón del santísimo Patriarca, le presta sagrado y vigoroso aliento y una fuerza verdaderamente celestial. ¿Pudiera morir cuando lleva en sus brazos y reclina sobre su pecho al Autor de la vida?

Mas detengámonos en nuestras consideraciones recordando estas palabras divinas: Desde las extremidades del mundo hemos oído las alabanzas que se cantaban á la gloria del Justo, y dije: Mi secreto es para mí, mi secreto es para mí (1). Esos admirables misterios del amor de José y las santas efusiones de su indecible ternura y sus dulces coloquios con Dios nuestro Señor que le inspiraba la santa caridad, son el secreto del santísimo Patriarca; guárdelos él en su seno, mientras sus hijos bendecimos á Dios por los espléndidos tesoros de su amor con que quiso enriquecerlo; mientras nos gozamos en la felicidad de nuestro amado Santo. ¡Bendita sea su gloria, benditas sean las llamas de su santo amor!

A pesar de lo que acabamos de decir, y aunque quiera el santísimo Patriarca guardar su secreto, y ocultar en el fondo de su alma el amor de su Dios, ese amor se descubre en todas sus acciones y virtudes, y las adorna y engalana con su propia belleza.

José no puede ocultar el amor que arde en su pecho. ¿Por ventura puede un hombre esconder el fuego en su seno, decía Salomón, sin que ardan

(1) Isai., XXIV, 16.

sus vestidos? (1). Los vestidos del santísimo Patriarca son el ropaje de la salud y el manto de la justicia con que Dios le ha cubierto, sus santas acciones, sus nobles virtudes (2). Arderán, pues, los vestidos de José con el fuego del amor de Dios. En efecto, en todas sus acciones y virtudes descubriremos ese amor que las inspira y anima, y las dirige á la gloria del Señor. Si José se humilla, es el amor quien le inclina hasta el conocimiento de su propia nada; porque quiere ofrecer al que ama la confesión de su miseria; porque sólo Dios es amable por sí mismo; y cuanto más se humilla nuestro Santo, más y más le rinde y le encadena á su amor el que es grande, perfecto y amable por sí mismo.

En la obediencia de José, en su pureza angelical, en su paciencia, en su justicia y en todas sus virtudes, y en todas sus acciones, siempre hallaremos que el amor las vivifica y hermosea.

La caridad de Dios por el Espíritu santo se ha derramado en el corazón de José, y continuamente sale de ese corazón, y se difunde por toda la Iglesia, y atrae á todos los hombres al conocimiento de Jesús y de María; dejémoslos llevar de esos dulces atractivos, y creceremos en Jesucristo que es nuestra cabeza; y María por su parte tendrá que conseguirnos el aumento de la gracia y la perfección en el amor de Dios.

(1) Prov., VI, 27.

(2) Isai., LXI, 10.

II

La dignidad admirable del castísimo Patriarca, y la excelencia de sus dones, y sus santísimas virtudes, nos manifiestan cuánta debe ser la devoción que le tengamos; y también nos descubren que siempre quedaremos muy distantes de venerarle cuanto él merece. ¿Qué son en efecto todas nuestras ofrendas y el afecto que le profesamos comparados con su mérito? Por esto, si él se digna aceptarlos, es por la benignidad y dulzura de su corazón; porque él es muy bueno y en gran manera indulgente con nosotros.

Debemos tenerle una devoción singularísima, sincera y constante; y ésta consiste, sobre todo, en la estimación y en el aprecio de nuestro querido Santo. Reconocer no solamente su dignidad altísima y sagrada, sino además todos los méritos con que supo embellecerla y adornarla, la rectitud y la pureza de sus intenciones, la sencillez y la inocencia de su proceder, y su firmeza y su constancia en todos sus designios, siempre encaminados á la gloria del Señor. Todo esto nos inspira un verdadero aprecio de nuestro Santo, un concepto elevadísimo de su verdadero mérito; y por todo ello tenemos que bendecir y glorificar á Dios en su siervo predilecto, y regocijarnos en la dicha incomparable de José.

José es grande, muy grande entre todos los Santos; por esto nuestra devoción para con él debe

estar animada del espíritu de la humildad más profunda, que tendrá que revelarse en altísimo respeto y en la veneración más sumisa y rendida.

La dignidad y el mérito del santísimo Patriarca, descubren su grandeza; y de aquí procede la veneración con que le honramos, y esto hace brillar á nuestros ojos su admirable y perfecta santidad. Si pensamos en él, ¿dejaremos de amarle? Y ese amor es la vida y la hermosura de la devoción que le tenemos; amor que se impone por sí mismo, y que encadena á los pies de José todo nuestro afecto.

Tenemos que amarle; mas ¿cuál es el carácter del amor que le debemos? Somos sus hijos, y este título responde á lo que hemos preguntado.

Jesucristo es nuestro hermano primogénito; y no se avergüenza de llamarnos sus hermanos; aun más todavía, antes de subir á los cielos dijo estas palabras: Subo á mi Padre y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios (1). Somos, por lo mismo, hijos del Padre celestial.

El Hijo de Dios, al hacerse hombre y al vivir entre los hombres, eligió á José por padre putativo. ¿Dejará este Padre de reconocer como á hijos, á los que el Padre celestial adoptó en Jesucristo nuestro Señor? Es José como la sombra de aquel Padre divino y lo representa aquí en la tierra; seremos pues sus hijos muy queridos, y nos dará lugar al lado de su pabellón, eterna morada de todos los bienes; y como á hijos nos pondrá

(1) Joann., XX, 17.

bajo su protección; moraremos debajo de sus ramas; y su sombra nos defenderá de todos los peligros (1). Podemos por lo mismo decir llenos de filial confianza al santísimo Patriarca: Tus hijos, oh Padre querido, esperarán bajo las sombras de tu patrocinio, y los colmarás de la abundancia de tus bienes, comunicándoles tu misma dicha (2).

Siendo José, como es, nuestro padre querido, la devoción que le tengamos debe distinguirse y mantenerse por la honra que le tributemos, por el respeto y la obediencia y, sobre todo, por el amor á su santísima persona. Debe ser este amor invariable, generoso, y que llegue á sacrificarse por aquel á quien ama. Tal es el amor que los buenos hijos tienen á sus padres. Nuestras atenciones, nuestros obsequios serán para José; y su imagen bendita jamás se borrará de nuestras almas.

¿Hay algún hijo digno de este nombre que no trate de honrar á su padre? Y ese hijo tendrá su gloria en verle estimado y respetado de todos; y sentirá más que si fuesen contra su propia persona, las ofensas que se hicieren á su padre.

Para un buen hijo, no es la obediencia una carga pesada, sino todo lo contrario, ya que obedeciendo satisface las exigencias de su amor, honra á su padre, y de éste consigue una mirada de ternura.

Lo que acabamos de decir nos manifiesta que si la devoción tiene su principio en nuestro espíritu,

(1) Eccli., XIV, 25-27.

(2) Psalm. XXXV, 8, 9.

debe dar testimonio de sí misma exteriormente, por medio de prácticas piadosas y de frecuentes obsequios, tales como las visitas, los rosarios, las novenas etc.; prácticas y obsequios que, procediendo del corazón, serán más agradables á los ojos de José, y los cumpliremos con fervor y con filial cariño.

La devoción verdadera y perfecta de que hablamos, no se contenta con las obras exteriores de la piedad cristiana, pídenos la imitación de las santas virtudes de José.

José fué humilde, y con una humildad profundísima: ¿escuchará con agrado las alabanzas con que trate de honrarlo un hombre soberbio?—José fué purísimo y santo: ¿aceptará las ofrendas que le presente el que vive sumergido en los desórdenes de la impureza?

De esta manera podemos discurrir por todas las virtudes del castísimo Patriarca á fin de imitarlas y obtener la verdadera devoción que le debemos. Para esto es preciso el recuerdo frecuente de sus virtudes, y pedirle que nos alcance la gracia del Señor para imitarlas.

Entre los motivos que deben inspirarnos una gran devoción á Señor san José, contamos su poder y su bondad. Todo lo alcanza de Dios nuestro Señor con la eficacia de sus ruegos. Tiene José un corazón benignísimo y lleno de misericordia.

El gran Patriarca eleva sus ruegos á Jesús: ¿dejará de oírle el que fué su Hijo putativo el que siempre cumplió sus mandatos? El Hijo de Dios jamás olvidará cuánto debió á los cuidados y des-

velos de José; y su gratitud para con él, si así podemos decirlo, nunca será desmentida. José le ruega, y Jesús hará cuanto José le pida; y si fuese necesario, unirá José á sus peticiones la intercesión de María; y el que es Padre de misericordias y Dios de todo consuelo, pondrá en las manos de sus santos padres, todos los tesoros de su gracia.

¿Qué diremos del benignísimo corazón de José? Aprendió nuestro Santo la amabilidad y la dulzura en la escuela del Hijo de Dios que descendió del cielo por amor á los hombres. Vivió José en compañía de aquella santísima Señora que es Madre de misericordia, que es vida, dulzura y esperanza de todos. Tan poderosos ejemplos y los continuos auxilios de la gracia, hacían del corazón de José un piélago de bondad y de clemencia, y un abismo de piedad y de misericordia, donde quedasen sumergidas todas las miserias de los hombres, y donde hallásemos atesoradas todas las riquezas de la bondad divina.

Somos unos miserables pecadores que no hallamos en nosotros mismos el remedio que necesitamos para salir de la culpa y volvernos á Dios nuestro Señor; y al tratar de convertirnos, tal vez nos detenemos al pensar en los rigores de la divina justicia. Aquellas palabras que dirigía David al Eterno: No morará junto á ti el maligno, ni los injustos podrán permanecer delante de tus ojos. Tú aborreces á todos los que obran la iniquidad; perderás á los que hablan mentira.—El Señor abominará al hombre sanguinario y fraudulento (1),

(1) Psalm. V, 6, 7.

nos llenan de espanto. Tenemos que buscar quien hable por nosotros, y que con el poder de sus ruegos y la bondad de su corazón, reanime nuestra esperanza, y alcance de Dios lo que pedimos.—Si en ese abogado no hay poder, en vano recurriremos á su patrocinio; y si no tiene corazón que le incline á nosotros, nada tendremos que esperar. Mas el gran José obtiene siempre de la misericordia de Jesús, cuanto le pide; y lleva en su pecho un corazón de padre, corazón dulcísimo y lleno de piedad y de ternura.

Todo lo puede el santísimo Patriarca con su Hijo nuestro Señor Jesucristo. Siempre alcanzo todo lo que pido, decía Teresa de Jesús, cuando lo pido por medio de José.

Jamás nuestro Santo querido es indiferente á nuestros males, y puede el castísimo Patriarca decir con verdad estas palabras: Desde la infancia creció conmigo la misericordia; salió juntamente conmigo del seno de mi madre. Y puede añadir: No negué á los pobres lo que pedían; ni dejé burlada jamás la esperanza de la viuda; no comí solo mi manjar, pues de él comió también el huérfano (1). Tenemos en José poder y bondad; y por otra parte no ignora nuestros males.

Al amor, á la constancia y á la sinceridad de la devoción á Señor san José, es necesario añadir una confianza muy grande; pues con ésta honramos su bondad que jamás quedará comprometida. Tiene que ser la devoción de que hablamos, en

(1) Job., XXXI, 16-18.

verdad, muy humilde; porque somos indignos del santo patrocinio de José; mas nunca deberá faltarle la confianza, porque él es muy bueno, y tiene sus delicias en rogar por nosotros al Señor.

Hasta aquí hemos hablado de los principales motivos que tenemos para consagrarnos á la devoción del castísimo Patriarca; y de la manera como debemos adquirirla y conservarla; digamos ahora una palabra sobre las causas que pueden disminuirla ó arrancarla de nosotros.

En cuanto á la devoción interior, teniendo ésta por principio el conocimiento de la dignidad, del mérito de Señor san José, y de las obligaciones que con él nos ligan; si no pensamos con frecuencia en todo esto, aquella devoción tendrá que disminuir; y la tibieza y el olvido la volverán muy defectuosa. ¿Cómo queremos que arda en nuestros corazones, y en ellos se conserve purísima y hermosa, la devoción á nuestro Santo, si no meditamos en sus prerrogativas y excelencias, y en el amor que nos tiene? El fuego se extingue si no le ponemos combustible.

Por lo contrario, si pensamos con frecuencia en Señor san José, su grandeza, su amabilidad y su hermosura nos dejarán contemplar cada día en nuestro Santo querido nuevos encantos y una perfección más sublime y cumplida que avivarán en nosotros los dulces atractivos del amor; y como sorprendidos, muchas veces tendremos que exclamar: ¡Oh cuántas riquezas de bondad y gracia, tiene depositadas el Señor en el corazón del castísimo Patriarca! Y aún no las conocemos todas;

trabajemos pues por descubrirlas con el empeño y la constancia que se emplean cuando se busca un tesoro.

En las prácticas exteriores de la devoción de que tratamos, es preciso conservar el espíritu que debe animarlas, esto es, el amor á Señor san José, y el deseo de obsequiarle con nuestras humildes alabanzas. Es necesario conservar el fervor, evitando cuidadosamente la tibieza y el descuido, que tantas veces manchan nuestras mejores acciones.

No hay que aumentar hasta el exceso los ejercicios exteriores de la devoción á que nos referimos; pues valen más á los ojos del Señor pocos ejercicios de piedad, practicados con recogimiento y con fervor, que un gran número de éstos sin tales condiciones.

Por último, conviene sobremanera examinar nuestra conducta acerca de la devoción á Señor san José á fin de corregir nuestros defectos y de emprender el camino que más conviniere á nuestro objeto, diciendo diariamente estas palabras de los Libros santos: Ahora comienzo: mi cambio de conducta es obra del Altísimo. *Nunc coepi; haec mutatio dexteræ Excelsi* (1).

Antes de terminar este capítulo, preguntamos: ¿A quién tendremos que acudir á fin de obtener una fervorosa y constante devoción al castísimo Patriarca Señor san José? A su Hijo putativo, nuestro Señor Jesucristo y á su immaculada y virginal Esposa.

(1) Psalm. LXXVI, 11.

Acordaos, oh Jesús, del amor que tenéis á José; acordaos de sus méritos santísimos; de los cuidados y desvelos que tuvo por Vos; por todo esto, y por Vos mismo, inspiradnos hacia él un amor muy ardiente, y una constante y perfecta devoción. Haced que le amemos con un amor semejante al que Vos le tuvisteis; y haced que le honremos como Vos le honrasteis. Si él nos manda; hacednos cumplir todos sus mandatos; inspiradnos la docilidad y el rendimiento á las inspiraciones que nos mande.

¡Oh María! Vos deseáis que el amor de vuestro esposo reine en nuestros corazones; queréis que le honremos y que seamos sus verdaderos devotos, dadnos todos estos bienes, por el amor que tenéis á José; por el afecto purísimo y santo que siempre os tuvo. Tomad nuestro corazón y ponedlo en sus manos para que él lo encienda en vuestro amor y en el suyo; y Vos y él nos ofrezcáis y consagréis para siempre al amor de vuestro Hijo, nuestro Señor Jesucristo, á quien se den bendición, y claridad, y sabiduría, y acción de gracias, honor, virtud y gloria por todos los siglos. Amén.



CAPÍTULO XV

El Padre de los cristianos.

I

JOSÉ, el gran Patriarca, el muy amado de Dios, el custodio de nuestro Señor Jesucristo y esposo de María, es nuestro padre. Así es preciso reconocerlo y por tal debemos tenerle.

Jesús se ha dignado ser nuestro hermano, y El tiene á José por padre putativo: ¿no será nuestra gloria el tenerle por padre? De esta manera descubrimos entre Jesús y nosotros, como un nuevo lazo de amor que con El nos liga. Como hijos de José, siempre estaremos con él, y muy cerca de Jesús á quien tiene en sus brazos. Siempre estaremos á las órdenes de tan dulce padre; pondremos delante de sus ojos todas nuestras necesidades y miserias, le pediremos el remedio: ¿dejará de pedir por sus hijos al que es nuestro hermano, al que nunca desecha sus ruegos? Si no fuésemos sus hijos, ó si él no tuviese corazón de padre, acaso podríamos dudarlo; mas nada de esto sucede; porque lleno está su corazón de clemencia y